

# **Cómo hacer reír a una vieja sin que pierda la dentadura**

Sebastián Pedrozo

loqueleg

## Entrevista imaginaria a una niña que vengo a ser yo misma

Mi abuela era una señora divina. No lo voy a negar. Siempre tan amable con los vecinos, los basureros y los cien gatos que tuvo en su vida. Atenta a los nietos y al repartidor de pizza que, según ella, es el mejor invento después de la manta eléctrica. Ay, qué buena que era mi abuela.

11

Ahora, si me agarraran por la calle medio distraída y un periodista me hiciera una entrevista:

—A ver, niña, deje de hacer bobadas y dígame qué recuerda de su finada abuela Diamantina.

Entonces ahí yo respondería:

—Ah, mi abuela Diamantina era muy buena conmigo, aunque a veces se calent..., digo, se enojaba si yo saltaba mucho cerca de sus plantas o rompía algún plato o le daba-patadas-sin-querer al gato. Que eso está muy mal, yo lo sé, pero cuando uno es niño, niña en mi caso, no sabe muy bien qué es el bien y qué es el mal, solo sabe que un día será una persona y que la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida. No sé qué tiene que ver esto último, pero suena bárbaro.

—El recuerdo, niña. No se vaya por las ramas.

—Cierto.

Este periodista es medio ansioso. Y no puedo imaginarme bien su rostro, está como borroso. Es curiosa la imaginación, caprichosa, ¿por qué no me deja ver claramente cómo es? Vaya uno a saber.

—Entonces, si ella se quedaba por las noches en mi casa, llegaba el horror.

—¿Contaba historias de miedo?

12

—No, ¡qué va a contar! Miraba la tele y rezongaba. Lo que pasaba era que agarraba un vaso y ponía la dentadura postiza. Y, después, estiraba su mano arrugada, la misma con la que amasaba un rico pan casero, y me pedía que le llenara el vaso con agua. Y yo iba ahí caminado hasta el baño y veía la dentadura, quieta, en el fondo, sin moverse.

—Y sí, ¡no se va a mover sola la dentadura!

—Bueno, era eso justo lo que me daba miedo, señor periodista. Parecía que esos dientes iban a hablar en cualquier momento. Pero la cosa sigue: cargaba el agua y volvía corriendo hasta su cama. Y ella sonriendo como si nada. Hasta que un día me tropecé, y tiré agua, dentadura, vaso y todo sobre mi abuela.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué va a pasar? ¡Cada pregunta hace!... Tuve que agarrar la dentadura con mis manos, lavarla y llenar un vaso nuevo con agua. ¡Me cacho en diez!

La apuesta era así: si erraba el tiro al aro, era la novia de mi amigo Rulo. Si lo embocaba, no. Simple.

13

La cosa es que lo hice, lo emboqué, y no tuve que ser la novia del pesado de Rulo. Quién lo bancaba si no a ese. Que, es verdad, me había ayudado con el misterio de Beba y su casa llena de animales; y a buscar un refugio para el mono Rodolfo. Y aquella aventura fue superdivertida, pero yo no andaba como para tener novio, que debe de ser medio aburrido y carísimo, con esos regalos que se hacen los enamorados en los cumpleaños y aniversarios. No, mejor me quedo así, tranquilita. Ya va a haber tiempo para gastar en bobadas.

Bueno, la vida en el barrio siguió su curso. No pasó nada extraño, salvo que Armando, el carnicero, se afeitó y la gente pensó que su comercio había cambiado de dueño. Tuvo que poner un cartel en el local: “Soy el mismo dueño, Armando, pasen, no tengan miedo”.

Yo estaba de lo más tranquila, hasta que se mudó a mi cuadra “esa”, la divina de Josefina que, tengo que reconocerlo, siempre me trata bien y todo, pero se la

pasa con Rulo, que anda como loco atrás de ella y no me da más bola. Ni siquiera me saluda cuando me paseo con flor de *sánguche* olímpico frente a sus narices.

Yo no sé qué le dio a este. Me parece normal que le guste un poco, porque ella es muy linda, no lo voy a negar, alta así, con sus rulos negros y sus vestiditos todos prolijos, y se pone esos pantalones que le quedan superbién. Yo, al lado de ella, parezco una deforme con cara de abombada. ¡Vaya a saber dónde consigue la ropa la muy maldita! Yo me tengo que vestir con las remeras y los pantalones que me pasa una prima que mide como dos metros más.

¡Y ya estoy harta de andar con los zapatos de mi tío Roberto!

Dejemos eso, que me estoy enojando.

Una tarde de verano, no hacía mucho que Josefina “la Divina”, como le puse para burlarme de Rulo y su nueva amiga, nos invitó a su casa a tomar la leche. Yo fui sin chistar, porque no es cosa de andar negando una buena merienda en estas épocas de crisis. Fíjense lo que pasa con el Facebook, que cambia de formato cada cinco minutos. Así no se puede, no se puede.

Rulo me pasó a buscar por casa. Estaba ansioso y daba saltitos, como siempre.

—Tranquilo, galán. ¿Qué te pasa?, ¿tenés miedo de llegar tarde?

—¿Qué decís, Jime? Si Jose es mi amiga. Además, no sabés lo que me dijo el otro día.

—No, si lo supiera sería adivina y pondría un puestito en la feria y me llenaría de plata. A ver, ¿qué te dijo la Divina?

—Me confesó que le caías muy bien, aunque casi nunca entendía tus chistes.

—Eso le pasa porque es medio lenta ella. Pero bueno, seguro va a ser modelo o promotora o conductora de televisión o miss universo o lo que se proponga, ¡ay! Rulo se tapó la boca para esconder una sonrisa.

—No te burles de mí —rezongué.

—Sos muy graciosa, Jime.

—Lo sé. Ahora vamos que tengo hambre. Dejá la bici acá, es un papelón llegar con esa cosa toda colorinchuda.

Caminamos en silencio y percibí un aroma extraño en el aire. ¡Rulo estaba perfumado! “Ah, no”, pensé. “Está perdido. Se enamoró”. No dije nada. La verdad es que prefería eso al clásico olor a mortadela en su aliento.

Entramos a la casa y era normal. Con sus muebles y lámparas, las paredes pintadas de blanco, una alfombra por aquí, un equipo de audio por allá, una interesante colección de CD, que enseguida llamó la atención de Rulo.

—¡Mirá, tienen discos de salsa!

—Dejá eso, Rulo, que vos rompés todo.

—No es cierto, las cosas vienen cada vez más berretas.

Yo pensaba que me iba a encontrar un lugar superordenado, como un museo en el que no se puede tocar nada

ni rayar las paredes o hablar muy alto. Pero no, resulta que la madre de Josefina, una señora muy elegante (debe de ser genético, me cacho en diez), nos hizo pasar al cuarto de su hija.

—Pasen, pasen, Jose los espera.

Y cuando entramos, el horror. Casi me desmayo. Era imposible. Alguien estaba tramando algo en mi contra. Querían amargarme la vida. ¿Eh?

¿Qué había visto?

16 ¿Pósters de Hanna Montana, One Direction, Los Backyardigans? ¿Eh? ¿Algo bien típico de un cuarto de nena divina?

Pues no. Las paredes estaban prácticamente empapeladas con imágenes a todo color de famosos jugadores de básquet de la NBA.

No lo podía creer. Josefina, la Divina, era perfecta. También le gustaba el básquet, como a mí. Nada de decorados rosaditos. Nada de perfumes o almohadones con corazones bordados. El cuarto era un lugar maravilloso, lleno de musculosas de la NBA y ropa escondida debajo de la cama. ¡Como debe ser!

—Ay, pasen, pasen —invitó Josefina, sentada en la cama.

Rulo, cuando puso un pie en el cuarto, tropezó con la pata del escritorio y, al querer agarrarse de algo para no caer, tiró todo lo que había sobre una repisa. Igual cayó de frente en el suelo. Flor de golpe se dio. Además, en su torpeza tiró una carpeta, de la cual cayó un fajo

de sobres, todos prolijamente atados con cintas de color. Tenían un nombre escrito: Elvira.

Al ver los papeles por el suelo, Josefina se levantó como accionada por un mecanismo de resorte. Parecía nerviosa y enseguida tomó los sobres y los puso dentro de la carpeta. En unos segundos ya estaba todo acomodado.

¿Qué habría en esos sobres? ¿Quién era Elvira? No se podía saber con exactitud. Pero estaba segura de algo: eran importantes y extramegaarchisecretos.

—Uy, tiré todo, Jose, perdoname.

—Me cacho en diez, Rulo. No cambiás más.

—Todo bien. No pasa nada.

“¡Qué no va a pasar!”, me dije, “bien nerviosita que quedaste, ¿eh, eh? Ya averiguaré qué tenés ahí en esos sobres, Josefina la Divina. Seguramente estás tramando algo siniestro, sí, sí”.

A medida que pasaba el tiempo nos íbamos acomodando en el cuarto. Josefina contó historias de su barrio anterior. Cosas aburridas mayormente, pero que Rulo escuchó con la boca abierta, como si fuera la noticia más increíble del mundo. Ya me tenía podrida con su deslumbramiento.

¿Qué? Seguro piensan que estoy celosa. Nada que ver. No son celos, es que no puedo creer que Rulo sea tan alcahuete.

Ya cuando estaba medio aburrida propuse hacer algo diferente. Salir por ahí a patear bolsas de basura o



cosas así. Pero no, como todavía no habíamos merendado, debíamos esperar y quedarnos quietitos.

—¿Qué tal si jugamos al PlayStation? Tengo el último juego de la NBA.

—Buena idea —dije.

Y allá fuimos. Nos ubicamos sobre el sofá del living, donde hay tremendo plasma de no sé cuántas pulgadas. Todo ya estaba conectado de antemano. Al parecer a Josefina le gustaba recibir bien a la gente. En eso, llegaron unas bandejas con alfajores de chocolate y de maicena, y tres enormes tazas de café con leche. Rulo casi se pone a llorar de la emoción, pero se distrajo mordiendo el *joystick*.

Estaba todo muy rico.

Mientras nos enfrentábamos en un emocionante partido con Josefina, sentimos la presencia de alguien detrás de nosotros.

Vimos dos manos pálidas apoyadas en el sofá.

Los tres giramos para ver de quién se trataba.

Cuando vi aquel rostro espeluznante pensé que ni el mejor de todos los alfajores de chocolate valía la pena si había que estar en la misma habitación que aquella señora.

## Entrevista imaginaria

—Dígame, Jimena, ¿nunca le dijo a su abuela que no le gustaba ver sus dientes postizos?

19

—No, me daba vergüenza, creo. Es una cuestión de respeto hacia los adultos y todo eso. Yo, a veces, siento que tengo que decir un montón de cosas que después no digo. Y es peor, porque una se queda así, como pensando demasiado, y después termina inventándose entrevistas imaginarias para hablar del tema. También se puede ir al psicólogo, pero es mucho más caro. De esto no se entera nadie.

—De lo que no habla mucho es de sus padres, Jimena.

—No, pero es que los padres buenos son aburridos de contar.

—No entiendo.

—Claro, mis padres se preocupan por mí, me ayudan siempre con los deberes, me rezongan cuando tienen que hacerlo, siempre van a las fiestas de la escuela y me dejan comer el postre en la cama. Un bodrio.

—¿Alguna vez los avergonzó?

—Todo el tiempo. Pasa que yo soy muy espontánea.

Aunque, mayormente, me avergüenzo a mí misma. Una vez mi padre me pidió que sacara la basura antes de ir a la escuela. La misión era simple. Soy una niña grande. Mis padres se van muy temprano a trabajar. Entonces, yo me dije: “la dejo en la volqueta de camino a la escuela y ya está, no es cuestión de salir media hora antes y perder esos minutos de tan preciado sueño”. Sucedió que salí con la bolsa de basura y me olvidé de que la tenía en la mano. Tomé el ómnibus, llegué a la escuela y, un poco antes del recreo, alguien dijo que había un tremendo olor a podrido en la clase, y otro le echó la culpa a Rulo y su dieta a base de fiambre. Él se defendió argumentando que había traído milanesa al pan de merienda. Miré para el costado y vi la bolsa de basura, apoyada en mi mochila, ahí nomás, en el suelo. Me quería matar. Imagínese mi despiste.